

XII. ARQUITECTURA, AFECTOS Y CONSENSO EN LA REMODELACIÓN DE LA PLAZA DE LESSEPS*

Brais Estévez Villarino

Introducción

Desde finales de la década de 1990 un grupo creciente de geógrafos y geógrafas se ha aproximado a la arquitectura y al espacio público con un nuevo instrumental ontológico y epistemológico. Como un efecto más de la implosión en las humanidades y en las ciencias sociales de perspectivas investigadoras antiesencialistas y relacionales, como la Teoría del Actor-Red (Latour, 2007, 2005; Domènech y Tirado, 1998; Law y Hassard, 1999) y la Teoría No Representacional (Thrift, 1996, 2007; Anderson y Harrison, 2010) algunas cuestiones que resultaban ajenas al repertorio investigador dominante en geografía —como la capacidad de agencia de lo no humano, el rol activo de la afectividad en la configuración de los espacios de vida cotidiana, o

1. Este trabajo se ha elaborado en el marco de los proyectos SEJ 2006-09837, CS 2009-10913 Y 2009 SGR 1321. El capítulo recoge diferentes aspectos de uno de los capítulos de mi tesis doctoral sobre la controversia urbana de la plaza de Lesseps. El trabajo de campo se desarrolló entre 2010 y 2012, incluyendo análisis documental, observación sistemática, cartografía, entrevistas en profundidad con 60 personas, una encuesta respondida por otras 400 —usuarios de la Biblioteca Jaume Fuster—, además de entrevistas grupales y alguna tentativa más experimental que pretendía abordar la remodelación urbana a través de claves más performativas. A lo largo de este trabajo el lector encontrará dos siglas ANT y NRT. La primera se corresponde con la abreviatura de Actor-Network Theory —en castellano, Teoría del Actor-Red—, la segunda hace referencia a Non-Representational Theory —Teoría no representacional, en castellano—, he optado por mantener ambas abreviaturas en inglés.

una nueva definición de lo social que ya no designará una realidad homogénea sino un tipo de relación entre elementos humanos y no humanos— se han hecho sitio en la disciplina. Un goteo continuo de trabajos provenientes fundamentalmente de universidades británicas ha actuado como acelerador del proceso de familiarización de la geografía urbana y cultural con una gama de actores, temáticas y perspectivas inéditas que, además, permitían pensar los artefactos urbanos que caracterizan la ciudad contemporánea alejados de un marco excesivamente pacificador.

Las maneras de tratar con la arquitectura y el espacio público propuestas por estas perspectivas comenzaron a gestarse en la búsqueda de alternativas a las insuficiencias epistemológicas y metodológicas que una serie de geógrafas —próximas o interesadas por alguna de las familias del postestructuralismo, la fenomenología, el feminismo, los estudios performativos o los estudios de ciencia y tecnología— identificaron en la práctica mayoritaria de la geografía urbana y cultural de las décadas de 1980 y 1990. Como advirtiera Loretta Lees (2001), la geografía cultural finisecular se había convertido en una disciplina obsesionada con las representaciones, acotando su agenda investigadora a la interpretación y exégesis de una dimensión textual, simbólica y discursiva de la realidad que descuidaba su naturaleza práctica, encarnada y afectiva. Para Lees, pero también para otras autoras como Jenkins (2002) o Jacobs (2006), las perspectivas convencionales trataban los artefactos urbanos como meros convidados de piedra, esto es, como simples receptáculos o escenarios estáticos a los que las geógrafas recurríamos para ilustrar otro tipo de fenómenos que considerábamos como lo realmente importante.

De este modo, las edificaciones —y en general el espacio construido— podían ser abordadas como señal, síntoma o epifenómeno de algún tipo de política urbana —un proceso de elitización, una muestra más de la apropiación capitalista de la ciudad, una evidencia de una política pública regeneradora—, o como un asunto de morfología urbana —en la línea de la polémica generada con la aparición de rascacielos en el frente marítimo de Barcelona o la controversia de las plazas duras—, restringiéndose excesivamente sus posibilidades de estudio a la percepción. Algo parecido sucedía en el caso de los espacios públicos más habituales del repertorio

de la geografía humana, como plazas, parques o calles. Si bien la geografía cuenta con un amplio bagaje en el análisis de prácticas, usos, apropiaciones y fenómenos de inclusión/exclusión —como variaciones múltiples del derecho a la ciudad— las aportaciones de la ANT y la NRT resultan muy útiles para problematizar el silencio en el que se ha mantenido a buena parte del mundo no humano o «más-que-humano» en estas explicaciones. Geógrafos como Lorimer (2005), Whatmore (2006) o el propio Thrift (1996) han defendido la urgencia de utilizar una noción de social más acorde con la defendida por la ANT, que permitiese incorporar las agencias no humanas al estudio de esos mundos en común señalados más arriba.

Pero, además de un proceso de renovación metodológica que pretendía situar el énfasis de la investigación en una dimensión cotidiana, afectiva, encarnada y práctica de la espacialidad —esto es, no representacional— los trabajos de estas autoras y autores también entrañaban una profunda revisión conceptual que pretendía huir del uso de conceptos substanciales y esencialistas. En este sentido, categorías de análisis fundamentales como el espacio público comenzaron a pensarse, en sintonía con los postulados de la ANT, de manera más heterogénea, abierta y performativa. Es así como surgen nociones como *big thing* y *building event* (Jacobs, 2006; Rose et al., 2010; Lees y Baxter, 2011), o ensamblaje urbano (Farías, 2010; Rose et al., 2010; Anderson y McFarlane, 2011), recursos conceptuales con los que se intenta esquivar la carga esencialista y normativa de una terminología cuya potencia heurística se veía cuestionada a la hora de dar cuenta de un mundo cada vez más híbrido y difuso —en el que los fenómenos estudiados no acababan de encajar en el marco purificador de las categorías modernas.

Este afán de revisión conceptual revela la sacudida que los planteamientos analíticos y los principios metodológicos de la ANT provocaron en la primera década del 2000 en la geografía urbana y cultural. Las características más idiosincrásicas de esta perspectiva, a saber, el *agnosticismo ontológico* (Callon, 1995) —que niega que los objetos de estudio tengan una esencia substancial o que existan elementos autoevidentes que no requieran explicación—, el *principio de simetría generalizada* (Callon, 1995; Latour, 2007) —que implica la abolición de la lógica dicotómica como manera de abordar la rea-

lidad en función de los dualismos tradicionales naturaleza/sociedad, sujeto/objeto, micro/macro, humano/no humano, local/global— y la premisa de la *heterogeneidad* (Law, 1987; Domènech y Tirado, 1998) —que considera que aquello que realmente caracteriza a las entidades que estudiamos es la heterogeneidad que las constituye y posibilita— fueron sedimentándose en una nueva sensibilidad geográfica. Incorporando estos principios y prescindiendo de un vocabulario pacificador, la geografía crítica de la arquitectura (Lees, 2001, Jacobs, 2006) considera que las posibilidades de explicación se ajustan más a la complejidad de los objetos.

Entre las implicaciones más evidentes de este giro esencialista me gustaría destacar el impacto que el principio de agnosticismo generó en la propia conceptualización de los artefactos urbanos. Con una mirada agnóstica estos ya no serán abordados como objetos sólidos, dotados de una identidad o esencia prefijada que, en mayor o menos medida, anticipaba el tipo de fenómenos y actores con los que nos encontraríamos. Al contrario y tal como explican Rose et al (2010), el reto ontológico que plantea la ANT considera que en vez de entidades autoevidentes, el espacio público y la arquitectura deben ser entendidos como efectos relacionales de un entramado de elementos heterogéneos —materiales, prácticas, discursos, etc.—, cuyas lógicas de asociación deben ser objeto de interés investigador.

La plaza de Lesseps

Además de un espacio polémico y un lugar central de la ciudad, Lesseps es una encrucijada histórica de Barcelona en la que confluyen barrios, calles, avenidas, diferentes modos de transporte colectivo y, también, una de las arterias viarias más relevantes de la ciudad. La plaza está situada en un entorno territorialmente ambiguo y fronterizo de la parte alta de Barcelona, donde barrios densos y compactos se encuentran con una trama urbana más deshilachada, y una topografía más abrupta en la que se asientan algunos de los barrios construidos en el pie de monte de la sierra de Collserola (Mapa 1).

Pero, más allá de su complejidad territorial, en el imaginario colectivo de Barcelona, Lesseps remite —sin solución de continuidad,

ya desde la década de 1940²— a un estallido cíclico de intervenciones controvertidas, obras problemáticas y eternizantes, profundo malestar, protestas vecinales y ruido mediático. Estos elementos han ayudado a labrar la imagen de un espacio caracterizado por una suerte de fatalismo urbano, un lugar en el que la percepción de un rehacerse tan continuo como infructuoso remitía a un estado de perpetua provisionalidad. La inestabilidad morfológica, funcional y simbólica que se ha cernido sobre este espacio tiene su particular registro en las cuatro formalizaciones que la plaza conoció en los últimos cien años, un período en el que Lesseps se reveló como una piedra en el zapato de la agenda urbana de Barcelona, una suerte de límite o un punto oscuro de un modelo que no ha sabido conciliar de manera satisfactoria las necesidades del tráfico rodado con otro tipo de responsabilidades urbanas —como el espacio vecinal y comunitario.

De todo este largo y polémico historial urbanístico, en las siguientes páginas abordaré solamente algunos avatares asociados a su proceso de remodelación más reciente. Una reforma urbana acometida en la primera década de este siglo e inscrita en una estrategia municipal de reconquista urbana (Borja, 2010) que pretendía cerrar algunas de las heridas que el urbanismo franquista había infligido en la ciudad, y de cuyo muestrario, Lesseps constituía uno de sus mayores despropósitos.

La propuesta vencedora del concurso de proyectos —elaborada por el estudio del arquitecto Albert Viaplana— que el ayuntamiento presentaría el 21 de enero de 2002 se encontró con un rotundo e inesperado rechazo vecinal. La presión y las movilizaciones obligaron al ayuntamiento a poner el proyecto en cuarentena, establecer negociaciones con los vecinos y pactar diferentes iniciativas de participación que condujeron a una definición colaborativa de los criterios que deberían regir la reforma. Simultáneamente, como parte de esta misma actuación, el ayuntamiento decidió levantar una biblioteca

2. El año 1946 la entidad cívica Amics de la Ciutat convocó una reunión en el Club Excursionista de Gràcia para intentar organizar una campaña que desencallase el proyecto de urbanización de la plaza, cuya ampliación había sido aprobada en una Comisión Municipal del año 1942.

pública en la plaza —Biblioteca Jaume Fuster— que proyectaría el arquitecto Josep Llinàs Carmona, y que, desde el momento de su inauguración —el 13 de noviembre del 2005— se convertiría en un hervidero vecinal y ciudadano cuyo éxito actuaría como un incómodo espejo para la plaza.

Inauguración y quiebra del consenso

Meses antes del día 5 de abril de 2009, fecha en que el Ayuntamiento inauguraba la última remodelación de la plaza, la controversia volvía a abrirse en Lesseps. A medida que se acababan las obras y la formalización de la plaza iba tomando forma, una serie de elementos escultóricos en alianza con una pendiente topográfica muy discutida, y unos pavimentos duros, originaron la ruptura de la comisión vecinal *Una altra plaça Lesseps és possible* —que había protagonizado las movilizaciones y logrado la participación—. Como resultado de la división surgieron dos asociaciones de vecinos enfrentadas, por una parte Amics de Lesseps —en la que permanecían los principales líderes de la comisión vecinal, que ahora ratificaban el resultado de las obras—, y por la otra, la Associació de Veïns i Comerciants de la Plaça Lesseps (AVC Lesseps) que reúne vecinas, vecinos y comerciantes de la plaza indignados con la formalización y muy críticos con los representantes³ institucionales y los antiguos portavoces vecinales.

Con motivo de la inauguración de la plaza, el Ayuntamiento distribuiría un folleto informativo que, bajo la pregunta de *¿Ya conoces la nueva Plaza Lesseps?* performaba el espíritu de las conquistas supuestamente alcanzadas con el nuevo proyecto. Más allá de validar o no el rol estratégico de esta representación del espacio, que describía e invocaba: «un espacio para estar, pasear, jugar y conversar... una plaza para los vecinos y vecinas», a mi me interesaba conocer

3. Según Callon (1986) uno de los logros fundamentales para obtener la representación —para poder hablar en nombre de otros—, radica en conseguir acallar a aquellos en cuyo lugar se habla. Esto fue lo que se malbarató en la plaza de Lesseps cuando poco antes de la inauguración la alianza de elementos ornamentales, pavimentos duros y la pendiente topográfica forzaron a un sector del vecindario a disentir y cancelar el consenso construido en torno al proceso de participación.

qué de cotidiano, vivido, negociado y cambiante tenía lugar bajo la tramoya de la remodelación (Fotografía 1 y 2).

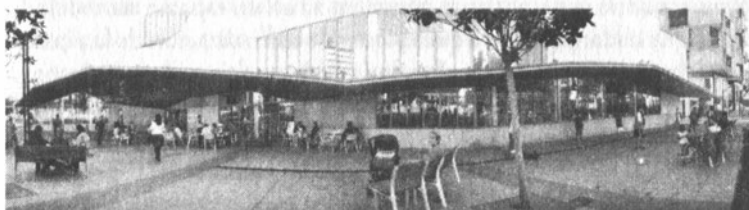
Es decir, ¿hasta qué punto la reformulación de unos espacios había facilitado que Lesseps se convirtiese en un lugar de encuentro cualitativamente diferente? O, dicho de otra manera, ¿cómo unos arreglos físicos y unas nuevas disposiciones materiales, a medida que se habitaban, experimentaban procesos de reensamblaje que permitían hablar de un nuevo espacio público?

FOTOGRAFÍA 1 LA PLAZA LESSEPS



Fotografía realizada por Brais Estévez Villarino.

FOTOGRAFÍA 2 BIBLIOTECA JAUME FUSTER



Fotografía realizada por Brais Estévez Villarino.

En este sentido, el interés por unas narraciones espaciales vividas me parecía especialmente relevante. Había hecho observaciones sistemáticas durante unos cuantos meses y esto me había permitido reconocer buena parte de las prácticas espaciales estabilizadas, pero todavía tenía dos frentes abiertos, de tipo más inmaterial, que quería abordar a través de entrevistas en profundidad y conversaciones informales.

El primero de estos dos frentes incluía la dimensión sensible y somática de esas prácticas cotidianas. Más allá de los usos y apropiaciones visibles, en las idas y venidas de la vida urbana de Lesseps deberían estar trabándose todo tipo de experiencias y vínculos emocionales, imprescindibles para estudiar el espacio remodelado desde perspectivas menos cartesianas. De este modo, quería utilizar las entrevistas como el dispositivo con que explorar cómo las prácticas corporales y las rutinas podían proveer un cierto sentido encarnado del lugar.

Con el segundo frente quería abordar cuestiones relativas a la atmósfera y las intensidades relacionales presentes en la plaza. En el mismo folleto informativo señalado más arriba el ayuntamiento (re)presentaba la plaza como un «espacio lleno de vida». Ahora bien, tanto la verosimilitud como los contenidos de ese eslogan deberían ser contrastados con los conocimientos y las experiencias de vecinas y transeúntes. Para esta tarea me parecía útil la noción de atmósfera, tanto en la acepción de Sloterdijk (2008), centrada en la coexistencia de personas que no habían compartido espacio anteriormente, como en la referida por el geógrafo Anderson (2009), que destacaba las cualidades afectivas que emanan de la relación entre el lugar y las cosas que tienen lugar. De esta manera, en vez de preguntar a las personas informantes sobre la vitalidad observable, parecía más interesante provocar reflexiones sobre esa especie de exceso intangible que se podría generar con la convivencia en un espacio remodelado. Más que nada, porque ya que la anterior formalización de la plaza de Lesseps se había identificado con la deshumanización y la desposesión urbana, me interesaba averiguar si con la nueva plaza, más allá de los eslóganes institucionales, aparecían atmósferas afectivas que destacasen un supuesto carácter más convivencial del espacio.

Con todo, a pesar de mi voluntad por abordar esta perspectiva más vivida y cotidiana, la vertiente representacional y simbólica del

proyecto arquitectónico de Lesseps totalizaba las entrevistas en un debate casi exclusivo sobre forma y significado. En una entrevista tras otra me encontraba con un rechazo radical a la formalización arquitectónica de la plaza que incluía tanto aspectos relativos al diseño y la ornamentación, como las más diversas explicaciones e interpretaciones de los intereses perseguidos por el ayuntamiento y los arquitectos.

Así, por ejemplo, era muy común escuchar enmiendas a la totalidad que invalidaban cualquier posibilidad para la plaza en términos de espacio habitable: «esto es un desastre, un desorden absoluto que no sirve para nada»: «han vuelto a hacer un churro como una catedral, habrá que volver a hacer una plaza nueva». Interpretaciones y anécdotas referentes al significado de los elementos ornamentales: «aquello es una silla gigante»; «dicen que es un palio»; «se ve que es un cubo para enmarcar el cielo, o eso dice el arquitecto, ya ves»; «yo le llamo el coño, ¿sabes por qué? porque todo el mundo me pregunta, ‘¿y eso qué coño es?’»; «recuerdo que al cabo de muy poco tiempo de la inauguración, me encontré unos amigos en la plaza que me dijeron: se han pasado con los hierros, sobre todo con la cosa aquella tan grande, y se referían a la grúa de las obras, así que fíjate que la gente pensaba que la grúa era un elemento arquitectónico de la plaza».

Suposiciones variadas que atribuían a los responsables de la representación del espacio —ayuntamiento y arquitectos— una voluntad propagandística y ostentosa, más próxima al valor de cambio del espacio:

El arquitecto ha querido hacer una cosa para que salga en las revistas. (Marta, vecina)

Mira, el Ayuntamiento que tenemos aquí en Barcelona no prioriza las necesidades reales de la gente sino lo que puede quedar bien para llevarlo a exposiciones, a posibles premios, y que se diga «oh, qué bonita es Barcelona, mira qué diseño, mira qué cosas hacen»... y no se piensa ni en los vecinos ni en las necesidades de la ciudad. (Juan, vecino)

De este modo, el sentimiento de malestar y la irritación desencadenada con la formalización de la plaza oscurecía y dificultaba el

tratamiento de aquellas cuestiones relativas a la vida cotidiana y la sociabilidad, por lo menos en los términos en que yo las buscaba.

La irrupción de la biblioteca y las vicisitudes del consenso

Sin embargo, a su vez, sucedía una cosa que tardó demasiado en llamarme la atención que se merecía. En la mayoría de las entrevistas y conversaciones mantenidas con vecinas y vecinos, la biblioteca era identificada y nombrada como el reverso positivo de la remodelación de la plaza. Una entrevista tras otra, la gente con la que hablaba hacía referencia a ella subrayando los aciertos de una actuación, muy aplaudida y estimada, que parecía operar como un auténtico contramodelo capaz de acumular aquel consenso imposible de rehacer en la plaza.

La biblioteca es una maravilla, una joya para la plaza y el barrio, funcional y bonita... pero ya ves, allí hundida y con todos los hierros de la plaza y la chepa está queriéndola esconder. (María, vecina)

¡La biblioteca es un éxito! Es un ejemplo de un espacio bien diseñado y bien gestionado, *pensado y diseñado para las personas*. Es un lugar dinamizador del barrio. (Carme, vecina)

De repente, la biblioteca irrumpía en la investigación, antes de que yo mismo me hubiese decidido a estudiarla de manera sistemática. Y, de algún modo, esta aparición en el trabajo de campo me permitió reconocerla como un actor fundamental que, en su emergencia, desvelaba agencias inesperadas que excedían la esencia o identidad que yo mismo le hubiese asignado.

Sin esperarme, ni darme tiempo para contenerla, la biblioteca emergía con la identidad borrosa propia de un efecto relacional —múltiple y cambiante en función de las interacciones descritas—, desvelando una divergencia afectiva en Lesseps. Además, para una mayoría rotunda de vecinos y vecinas, el recurso a la biblioteca era la munición común con que atizarle a los elementos ornamentales de la plaza y, a través de ellos, a sus representantes más conspicuos, el arquitecto y el ayuntamiento. Esta irrupción

de la biblioteca en las entrevistas manifestaba una dualidad establecida en Lesseps que uno de los vecinos había expresado de la siguiente manera:

La biblioteca es un espacio social y la plaza no lo es, es una explanada y un lugar de paso, pero no es un espacio social.
(Pep, vecino)

Así, dicha dualidad emergía como una especie de dispositivo conceptual articulado por los propios vecinos y vecinas, una suerte de teoría-práctica que asignaba sentido al entramado relacional de Lesseps. Por medio de un proceso de toma de conciencia investigadora, la dualidad se convirtió en un recurso heurístico tremendamente útil para la comprensión de aquellas prácticas con las que humanos y no humanos componían un espacio común.

Por una parte, la dualidad señalaba un desacoplamiento, un desacuerdo rotundo entre un sector muy amplio de vecinos y la actuación arquitectónica implementada en la plaza. La falta de identificación con los espacios, la distorsión de la dimensión vivida en favor de las percepciones, el sentimiento de malestar generalizado o la referencia a los elementos ornamentales como chatarra ponían de manifiesto los límites de la remodelación. El rechazo a lo que se entendían como formas caprichosas y excesos arquitectónicos, con intereses ajenos al barrio, daba cuenta del fracaso de un lenguaje arquitectónico pretendidamente elocuente en la recepción vecinal. O, dicho de otra manera, visibilizaba el naufragio de la traducción física de los acuerdos políticos y vecinales, además de los deseos movilizados en el proceso de participación ciudadana.

Por otra parte, la dualidad también permitía identificar un movimiento de reasociación o reensamblaje del espacio común en la biblioteca. Los dilemas representacionales y simbólicos que dificultaban el tratamiento del espacio vivido en la plaza, y que ponían el acento de la remodelación en el malestar, se desvanecían cuando irrumpía la biblioteca en las entrevistas. De esta manera, la irritación y el enojo daban paso a la satisfacción y a las narraciones entusiastas en las que era posible identificar la gestación de un sentimiento de pertenencia.

De la indignación a la satisfacción

Curiosamente, el rol de la arquitectura era un elemento especialmente revelador para entender la dualidad. El edificio de la biblioteca era una construcción de nueva planta, con una formalización contemporánea, no fácilmente identificable con una biblioteca tradicional. Sin embargo, a pesar de todo ello, en ninguna de las entrevistas se tropezaba con la arquitectura como una cuestión de representación o un problema de inteligibilidad. Nunca, su aparición en las entrevistas remitió a intereses escondidos, ni a la perplejidad perceptiva o a dudas sobre su significado. En todo caso, su mención se producía en forma de facilitador,⁴ como dispositivo que acompañaba la diversidad de prácticas que narraban sus usuarios y usuarias.

Esta emergencia de la biblioteca como contramodelo del sentimiento de malestar instalado en Lesseps, como efecto relacional que mostraba un reparto desigual del consenso urbano post-remodelación, fue uno de los descubrimientos que me impulsó a apostar firmemente por la ANT como perspectiva analítica y explicativa, cuestionando apriorismos, esencias y siendo muy cauteloso con el deseo de purificar lo ambivalente en favor de supuesta claridad investigadora.

Para los vecinos y vecinas entrevistadas, la plaza y la biblioteca —pero también el proceso participativo, las obras, el tránsito rodado, las pendientes topográficas, las posiciones defendidas por el ayuntamiento, el rol del arquitecto, el mobiliario urbano escogido, las superficies ajardinadas, los pavimentos duros o la memoria histórica— se confundían y mezclaban en sus explicaciones como elementos de un mismo dominio de la realidad. La retórica moderna —la obsesión clasificadora y purificadora— perdía sentido en unas narraciones vecinales que mezclaban, con absoluta normalidad, entidades que se acostumbran a tratar de manera segregada, tanto desde el punto de vista del urbanismo convencional como en los procesos de participación.

De alguna manera, estos relatos híbridos y embarullados de la plaza de Lesseps ponían de manifiesto la inutilidad de una de las

4. En la encuesta que realicé para abordar diferentes aspectos de la biblioteca y que respondieron 400 usuarios y usuarias de la biblioteca, el 81% afirmaban que el diseño de la biblioteca favorecía sus usos.

grandes asunciones modernas, la separación de la realidad en esferas segregadas y la consiguiente utilización de dicotomías binarias: sujeto/objeto, naturaleza/sociedad, interior/exterior, incapaces de reconocer la condición híbrida que caracteriza la ciudad contemporánea.

Las narraciones vecinales remitían más bien a un entramado de elementos heterogéneos en relación, que no a entidades claras u objetivas. De hecho, la principal virtud de este descubrimiento radicaba en que eran las propias vecinas y vecinos quienes hablaban de Lesseps con simetría generalizada, como una realidad híbrida, un todo heterogéneo que se componía de diferentes redes de prácticas (Farías, 2010), como biblioteca pública, cruce distribuidor del tráfico, conflicto vecinal, lugar de obras de la L9 del Metro, paisaje de renovación, disputa política, etc. Fue de este modo como me di cuenta de que el punto de vista proporcionado por la ANT se ajustaba más y mejor a lo que estaba estudiando. Ya no investigaba una plaza y una biblioteca en el seno de un proceso de remodelación urbana, sino que me encontraba en medio de lo que Farías (2010) definía como un ensamblaje urbano, un objeto múltiple y descentrado que se componía simultáneamente de muchas maneras.

Además, la aparición de la biblioteca confirmaba la tesis de Latour que defiende la necesidad de seguir a los actores y aprender de ellos, de sus conocimientos, saberes y experiencias, rehuendo tanto de los puntos de vista privilegiados como de los deseos de imponerles una narrativa, por lógico o necesario que pareciese. Esta afirmación hay que entenderla, también, en función de la ascendencia semiótica de la ANT que niega que las entidades tengan propiedades y atributos esenciales. Según Callén et al. (2011) esto implica que las investigadoras y los investigadores ANT siempre ponen su mirada sobre relaciones en lugar de sobre entidades establecidas.

Seguir a los actores bajo estas premisas implicaba operar con agnosticismo, con una sensibilidad casi contraintuitiva que rastrease sus asociaciones, por alocadas e irracionales que pareciesen, para poder dar cuenta de la configuración de los entramados relacionales en función de aspectos empíricamente trazables.

De esta manera, la biblioteca Jaume Fuster no aparece como una realidad autoevidente, perfectamente estabilizada, sino como una emergencia, un efecto relacional de un entramado heterogéneo que reunía todo el consenso que el proceso de remodelación

no había conseguido acumular en la plaza. No se trataba —por lo menos no exclusivamente, ni en este momento— del actor que yo había imaginado inicialmente, un equipamiento público en el que disfrutar de cultura gratuita, un espacio público inclusivo, un artefacto arquitectónico premiado, o un actor más del proceso de elitización que diversas entidades habían denunciado como trans-fondo de la reurbanización de la avenida de Vallcarca. Seguir a los actores, aceptar su orden y perderme en su red me había llevado a encarar la biblioteca como un objeto de estudio cuya identidad se caracterizaba por su relación con el consenso en Lesseps.

Ahora bien, si la biblioteca era una *big thing*, un *building event* (Rose et al.) o un ensamblaje urbano, era el momento de hacerse algunas preguntas: ¿cuáles eran los elementos heterogéneos en relación que otorgaban sentido al espacio social de la biblioteca? ¿Cómo se mantienen unidos hasta el punto de devenir una biblioteca pública de éxito que disfruta del consenso vecinal? ¿Qué había de particular y de diferente en el ensamblaje bibliotecario que no existía en la plaza?

La biblioteca emerge como tal mediante la relación de una serie de elementos heterogéneos entre los que cabe destacar: un lógica territorial concreta —que escoge su ubicación de manera afectiva—; una arquitectura física que opera prácticamente en términos no representacionales —huyendo de manera declarada de la representación y la autoreferencialidad, y abocándose con firmeza hacia la experiencia y la producción de afectos—; un abanico amplio de servicios —desde el préstamo de libros, revistas, CD y DVD, hasta cursillos de informática o la simple disponibilidad de ordenadores y conexión a Internet—; un programa denso de actividades —charlas y conferencias, pero también exposiciones, aulas de salud o grupos de intercambio lingüístico—; diferentes actores humanos —desde la plantilla, incluyendo sus prácticas más mundanas de cuidado y acompañamiento, hasta las interacciones de usuarios y usuarias—; la retórica de un nuevo modelo bibliotecario —centrado en la performación de un espacio de proximidad, social, abierto y comprometido con el barrio y las personas—; y otro elemento importante como es el bar, situado en la planta baja y en el que la porosidad y permeabilidad del espacio, así como la desactivación de la dicotomía dentro/fuera es más evidente. La dinámica total de todo este ensamblaje es lo que sostiene la biblioteca como un edificio coherente y exitoso, un espacio social según el discurso vecinal.

Toda esta multiplicidad de elementos recuerda la tesis que defiende Amin (2008) en relación al éxito de los espacios públicos. Para este geógrafo la identificación de las personas con los espacios comunes o la valoración positiva de la convivencia no responde tanto a prácticas y a acuerdos intersubjetivos como al reflejo de situaciones de multiplicidad o excedente situacional que operan en un orden precognitivo y afectivo. Sería, pues, la experiencia de una encarnación espacial concreta de una realidad densa, compleja y múltiple, caracterizada por la coincidencia y la mezcla próxima de una diversidad de cuerpos y prácticas, la acción de determinadas disposiciones materiales y ciertas ordenaciones espaciales con voluntad afectiva, aquello que realmente tendría la capacidad de generar un *ethos* social positivo en un espacio público inclusivo.

Si bien los argumentos de Amin me parecen apropiados para ayudar a explicar el consenso bibliotecario —y de paso pensar mejor el desacuerdo de la plaza— creo que, además de la convivencia circunstancial y la multiplicidad situacional, una de las claves explicativas más importantes del «espacio social» de la biblioteca reside en la voluntad afectiva del diseño arquitectónico.

Una arquitectura afectiva y no representacional

De la mano de la NRT, la geografía crítica de la arquitectura se ha sumado al «giro afectivo»,⁵ tanto para abordar las maneras con que

5. Conocido en inglés como *affective turn*, el giro afectivo se gestó en universidades de los Estados Unidos en la década de los noventa y se formalizó e institucionalizó en los años 2000. Se ha nutrido de varias fuentes y se practica en campos disciplinares dispares como la filosofía, la neurociencia, el feminismo, los estudios *queer*, la psicología cognitiva, la geografía humana o los estudios culturales. No es tanto una teoría estable, o un paradigma, como una caja de herramientas que intenta aproximarse a la realidad a través de claves somáticas y sensibles que conceden especial protagonismo a las dinámicas corporales y presubjetivas. La definición de Spinoza de afecto —recuperada por Gilles Deleuze y Felix Guattari— como «la capacidad de un cuerpo de afectar y ser afectado» ha ayudado a definir esta noción como una intensidad prepersonal, una potencia que actúa de dos maneras, como *affectio* —como afección de un cuerpo sobre otro— y como *affectus* —como sentimiento, como aquellas claves emocionales que una afección, una experiencia espacial, dejan en la mente y el cuerpo de las personas y, por lo tanto, en su capacidad para actuar—.

las políticas urbanas y el diseño arquitectónico manipulan el espacio con mecanismos más-que-rationales orientados a prefigurar/limitar prácticas y comportamientos, como para pensar sus objetos de estudio con una perspectiva más performativa, a través de la retórica de la afectividad.

La formalización arquitectónica de la plaza de Lesseps, tal y como expliqué con anterioridad, experimentó una recepción conflictiva. Las críticas vecinales que rechazaban diferentes aspectos de la urbanización en superficie habían señalado con particular crudeza aquellos elementos ornamentales⁶ de grandes proporciones, y de un homogéneo color gris, que introducían en el espacio común una serie de formas abstractas, sin referencias fácilmente reconocibles, ni relación aparente con el entorno. Además, alguno de estos objetos incorporaba elementos narrativos de un relato desconocido para la mayoría de vecinas y vecinos que en seguida lo consideraron una divagación gratuita y personal del arquitecto que, además, por distintos motivos, no acababa de funcionar:

Nosotros a veces utilizamos formas y metáforas poéticas, por ejemplo los aparejos lumínicos de las dos plataformas de los extremos de la plaza tenían que simbolizar una grieta que por la noche todavía dejaría pasar parte de la luz del día, las columnas de luz tenían que cualificar determinados espacios dejar ver una plaza nocturna que jugase con la idea de emular el día... son cosas casi secretas, privadas, pero creo que no utilizaremos más este tipo de lenguajes porque no nos acompañan, ya que al final estos elementos acaban siendo un punto de luz más que no es lo que nosotros queríamos. (Albert Viaplana, arquitecto)

6. Gestos como el palio, de 28 metros de altura, que simboliza el lucernario del gran vestíbulo de la futura estación interior del Metro, subrayando que la plaza tiene una dimensión subterránea de la cual, el palio sería un gesto explicativo. La viga-fuente, de 53 metros de longitud, que representa el canal de Suez y que vierte el agua a contra pendiente, en el sentido contrario al imaginado para, así, emular los esfuerzos empleados en conferir un sentido unitario a la plaza. O, también, las columnas de iluminación monumental, de 17 metros de altura, que juegan con la idea de una plaza nocturna y de la noche como reproducción del día.

La propuesta de imágenes y la incrustación de significados en la formalización/representación del espacio convertían la arquitectura en una cuestión de inteligibilidad, un asunto simbólico y representacional que, a pie de plaza, enseguida se interpretó como algo excesivo, pretencioso y suntuario. Así las cosas, los elementos ornamentales llamados a puntuar la elocuencia de un espacio en el que el ayuntamiento quería certificar su estrategia de reconquista urbana ocasionaban el efecto contrario. En lugar de movilizar sentimientos y emociones de orgullo ciudadano con las que construir un nuevo consenso en Lesseps, los testimonios que recogí por medio de las entrevistas remitían con frecuencia a una «tomadura de pelo» o «una broma de mal gusto y cara». De alguna manera, parecía haberse producido una curiosa paradoja, toda aquella gestualidad arquitectónica, aparatosa y retórica, en cuya iconicidad y elocuencia se había confiado el realce del espacio público y la refundación del sentimiento de pertenencia, generaba perplejidad, indignación y distancia entre el vecindario. Pero, además, aquella arquitectura-objeto mostraba importantes dificultades en la asunción de algunas de sus responsabilidades colectivas más acordes con los deseos vecinales de espacio común y sociabilidad. Lejos de favorecer la convivencia, el bienestar de las personas y posibilitar que la plaza deviniese un lugar de intercambio y de encuentro renovado, a ojos de las vecinas y vecinos la nueva plaza de Lesseps tenía rasgos de «elefante blanco»,⁷ y emergía como un objeto formalmente autónomo, autorreferencial, ensimismado —y a veces incomprensible— que generaba un nuevo desencuentro entre vecinos, arquitectura y representación política.

A diferencia del proyecto de la plaza, la biblioteca se concibe y proyecta con premisas opuestas, como un dispositivo que debe utilizar todas sus mediaciones y habilidades para favorecer e inducir la convivencia, el encuentro y la alteración del registro intensivo de las personas —de manera que en sus visitas y prácticas se subrayase la experiencia de un mundo en común y un espacio compartido—.

7. El término «elefante blanco» es una expresión muy utilizada en arquitectura y urbanismo para designar aquellos proyectos estrella que no satisfacen las expectativas de la ciudadanía y que acaban siendo un problema.

En este sentido, la gestualidad arquitectónica en vez de representar algún tipo de imagen o de referencia simbólica, singular y ambiciosa —con voluntad de redimir la polémica historia urbana de Lesseps— persigue llanamente la creación de afectos. Es decir, centra sus esfuerzos en propiciar prácticas y experiencias espaciales que no exigen que previamente nada sea leído, entendido o admirado y posteriormente experimentado.

Josep Llinàs —el arquitecto de la biblioteca— además de rechazar la utilización de lenguajes de tipo retórico o simbólico —representacionales—, propios de aquellas arquitecturas concebidas como objetos formalmente autónomos, en el proyecto de la biblioteca parece guiarse por los sentidos y actuar casi a tientas. De hecho, considera que la principal virtud de su propuesta para Lesseps reside en haber sabido «quitarse del medio», en elegir ser parte de un lugar antes que edificio o pura arquitectura. Es aquí cuando la lógica afectiva que caracteriza la arquitectura de la biblioteca comienza a hacerse evidente a través de la primera de sus dos grandes claves, la disposición afectiva.

La biblioteca muestra una clara voluntad de adecuación al contexto, cosa que puede explicarse en base a dos consideraciones. La primera, y más genérica, la reconocida disposición afectiva de la obra arquitectónica de Josep Llinàs; un e/afecto de la consciencia de densidad urbana de Barcelona que, tras años de profesión, se reveló como una afección que alteró sus habilidades hasta sedimentarse en su estilo, en forma de una arquitectura contenida y sensible. Por otra parte, porque para él Lesseps no es un espacio genérico dentro de la ciudad, sino un lugar que conoce como vecino y cuya complejidad le afecta de manera íntima. De este modo, el entorno «afecta» doblemente el proyecto y Llinàs, en vez de ocupar toda la superficie de la que disponía y dejar su huella bien marcada en la plaza, responde aliándose con las fachadas posteriores de los edificios más próximos y liberando una parte fundamental del espacio disponible que, con una simple reculada, se convierte en la «terrazza informal de la biblioteca», o en un espacio abierto más para la plaza.

Además de la disposición, la segunda clave de la arquitectura de la biblioteca hay que buscarla en una gestualidad orientada a crear una atmósfera afectiva. Me refiero a aquellos recursos archi-

rectónicos, materiales y sensibles —alejados de cualquier aspiración simbólica o representacional— concebidos para evocar sensaciones de bienestar, optimismo, proximidad, cordialidad y compañía —precisamente, las claves emocionales que me encontré en las encuestas como testimonios de la afectividad a la biblioteca.

Llinàs parte de una idea muy sencilla y casi naïf para diseñar el espacio, quiere que la gente se sienta en la biblioteca como en el rincón favorito de su casa. Para ello decide crear un envoltorio, provisto de cualidades afectivas y atributos táctiles, que debe funcionar como una tecnología de la inclusividad, un dispositivo que haga posible la coexistencia en un espacio que se experimente como una realidad compartida y estimulante. De esta manera, que la biblioteca sea vivida como un espacio común es un objetivo que Llinàs incrusta en una serie de recursos arquitectónicos.

La marquesina de la entrada es el primero de estos gestos no representacionales. Huyendo de cualquier veleidad monumental o simbólica, parece extender la mano y dar la bienvenida a las personas de manera hospitalaria, empática y cálida. Pero, además, actúa como umbral y sintonizador afectivo, como primer gesto de una larga cadena de recursos destinados a alterar el registro intensivo de las personas y activar sus capacidades somáticas como habitantes de un mismo entorno afectivo caracterizado por la convivencia.

Otro elemento destacable de esta arquitectura/envoltorio es la cubierta. Ni un simple techo, ni tampoco un signo que se deba admirar o interpretar, actúa como una afección cuya misión no es otra que albergar, envolver e implicar a las personas usuarias en una afectividad común y diferenciada, sin una correspondencia unívoca entre los afectos buscados y los experimentados.

Pero esta política de la afectividad también se delega en otro tipo de cuestiones sensibles como las relaciones visuales. Así, por medio de perspectivas en diagonal, dobles espacios o grandes ventanales, Llinàs reconoce que no es la arquitectura como representación lo que merece la atención, sino que es la vida cotidiana, las personas y sus prácticas más mundanas aquello que la arquitectura debe destacar y apoyar con sus mediaciones. Además de la cubierta, la marquesina y la interconexión visual, otros recursos como el mobiliario o la luz contribuyen a la lógica afectiva y envolvente de la biblioteca.

Conclusiones

Los trabajos elaborados en el seno de la geografía crítica de la arquitectura han permitido estudiar los artefactos urbanos desde fuera de los marcos explicativos que reducían su interés a cuestiones de forma y significado. Además, los puntos de vista, perspectivas y conceptos propuestos por esta corriente han servido para que los estudios sobre espacios públicos se pudiesen abordar en términos similares, es decir, sin caer en reduccionismos, ni esencialismos, que limitasen su interés investigador a alguna de las dinámicas adjetivables comúnmente como sociales. Asumiendo el desafío ontológico que plantean la ANT y la NRT, el espacio público, antes que un receptáculo en el que transcurre la vida social, —un lugar de accesibilidad universal, interacción social o lucha política— es un objeto múltiple y heterogéneo en cuya composición participan entidades humanas y no humanas. Los geógrafos y geógrafas más próximos a la NRT han destacado el rol del afecto en la configuración de estos ensamblajes y han puesto de manifiesto la capacidad de manipular el espacio por medio de claves afectivas que, a través del diseño, intentan prefigurar prácticas, experiencias y formas de vida. Esto demostraría que lo material, lo no humano, la arquitectura, no son una realidad estática, pasiva o ajena a las dinámicas y conflictos del espacio público, sino un elemento de interés primordial para la convivencia y la inclusión.

En relación al estudio de la remodelación de la plaza de Lesseps, estas perspectivas me han ayudado a confrontar, sin necesidad de recurrir a ninguna fuerza oculta/social, dos maneras diferentes de ensamblar lo urbano sancionadas de manera desigual por los vecinos y vecinas. Por una parte, la heterogeneidad asociada en la plaza se mostraba incapaz de responder adecuadamente a la atmósfera convivencial que predicaba el ayuntamiento y que se había exigido en el proceso de participación. Según la recepción vecinal mayoritaria, la formalización arquitectónica había confiado sus capacidades urbanizadoras a una iconicidad confusa y excesiva, que parecía más interesada en configurar una imagen singular para la nueva plaza de Lesseps que en el despliegue de las mediaciones necesarias para responder a los deseos de sociabilidad demandados. De esta manera, los elementos ornamentales que debían puntuar la remodelación y atraer a una ciudadanía orgullosa, se convirtieron en uno de sus principales escollos y causa de indignación. Mientras tanto, la bi-

biblioteca conseguía estabilizarse como una encarnación concreta de multiplicidad situacional donde personas y cuerpos de todo tipo, conocidos y desconocidos, coincidían en la realización de sus quehaceres. Los materiales obtenidos en el trabajo de campo ponían de manifiesto que la inclusividad bibliotecaria remitía frecuentemente a elementos no humanos, especialmente a aquella gestualidad arquitectónica con vocación afectiva que, junto a la multitud de prácticas, mecanismos y estrategias necesarias para el funcionamiento diario de la biblioteca, habrían posibilitado el consenso.

Tanto para explicar las debilidades de la plaza, como para dar cuenta de las virtudes de la biblioteca, los relatos vecinales sobre ambos espacios señalaban el protagonismo de esa gama de actores no humanos que habitualmente se han desestimado en las perspectivas sociales. ¿Pueden los estudios del espacio público prescindir de semejantes protagonistas?

Referencias bibliográficas

- AMIN, A. (2008), «Collective culture and urban public space», *City*, 12(1), pp. 5-24.
- ANDERSON, B. (2009), «Affective atmospheres», *Emotion, Space and Society*, 2, pp. 77-81.
- ANDERSON, B. y HARRISON, P. (2010), *Taking-Place: Non-Representational Theories and Geography*, Ashgate, Londres.
- ANDERSON, B. y MCFARLANE, C. (2011), «Assemblage and geography», *Area*, 43, pp. 124-127.
- BORJA, J. (2010), *Llums i ombres de l'urbanisme de Barcelona*, Edicions 62-Empúries, Barcelona.
- CALLÉN, B.; DOMÈNECH, M.; LÓPEZ, D.; RODRÍGUEZ, I.; SÁNCHEZ-CRIADO, T.; TIRADO, F. (2011), «Diásporas y transiciones en la Teoría del Actor-Red», *Athenea Digital*, 11(1), pp. 3-13.
- CALLON, M. (1995), «Algunos elementos para una sociología de la traducción: la domesticación de las vieiras y los pescadores de la bahía de St. Briec», en: Manuel Iranzo, J. et al. (comps.), *Sociología de la ciencia y la tecnología*, CSIC, Madrid.
- DOMÈNECH, M. y TIRADO, F. (eds.) (1998), *Sociología simétrica. Ensayos sobre ciencia, tecnología y sociedad*, Gedisa, Barcelona.
- FARÍAS, I. (2010), *Ensamblajes urbanos: la TAR y el examen de*

- la ciudad. *Athenea Digital*, 11 (1), 15-40. Disponible en <http://psicologiasocial.uab.es/athenea/index.php/atheneaDigital/article/view/826>.
- JACOBS, J. M. (2006), «A geography of big things», *Cultural geographies*, 13 (1), pp. 1-27.
- JENKINS, L. (2002), «Geography and Architecture: 11, Rue du Conservatoire and the Permeability of Buildings», *Space & Culture*, 5(3), pp. 222-236.
- LATOUR, B. (2007). *Nunca fuimos modernos: Ensayo de antropología simétrica*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- (2005), *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*, Manantial, Buenos Aires.
- LAW, J. (1987), «Technology and heterogeneous engineering: The case of portuguese expansion», en W. E. Bijker, T. Hughes, y T. Pinch (Eds.), *The social construction of technological systems: New directions in the sociology and history of technology* (pp. 111-34), MIT Press, Londres.
- LAW, J. y HASSARD, J. (1999), *Actor Network Theory and after*, Blackwell, Oxford.
- LEES, L. (2001), «Towards a Critical Geography of Architecture: the case of an ersatz colosseum», *Ecumene: A Journal of Cultural Geographies*, 8 (1), pp. 51-86.
- LEES, L. y BAXTER, R. (2011), «A 'building event' of fear: thinking through the geography of architecture», *Social & Cultural Geography*, 12 (2), pp. 107-122.
- LORIMER, H. (2005), «Cultural geography: the busyness of being 'more-than-representational'», *Progress in Human Geography*, 29 (1), pp. 83-94.
- ROSE, G., DEGEN, M. y BASDAS, B. (2010), «More on 'big things': building events and feelings», *Transactions of the Institute of British Geographers*, 35 (3), pp. 334-349.
- SLÖTERDIJK, P. (2008), En «El primer día. La tercera sesión», pp. 74-82. En Latour, Bruno y Gagliardi, Pasquale (dirs): *Las atmósferas de la política. Diálogo sobre la democracia*, Editorial Complutense, Madrid.
- THRIFT, N. (1996), *Spatial formations*, Sage, Londres.
- (2007), *Non-Representational Theory: Space, Politics, Affect*, Routledge Publications, Londres.
